

Mucho en verdad, deja que desear el semblante de la ciudad que nos vió nacer, cuyas calles, salvando alguna que otra excepción, véanse como en tiempos remotos convertidas por las lluvias en fangosos torrentes a donde afluyen los chorros de agua que vomitan los canalones, haciéndolas intransitables.

Admitiendo sin embargo que dichas desventajas resultan ser en realidad de muy problemática solución y tras haber penetrado, en busca del desquite, en lo más profundo de nuestras ideas solitarias, veamos, sin otros rodeos, lo que ocurre más de una vez cuando las perfumadas auras primaverales impelen al forastero hacia nuestra Necrópolis; cuando éste recorre sus anchas y aseadas vías, al borde de las cuales, a través de una doble hilera de augustos cipreses y de los arbustos primorosamente recortados, florecen las dalias, las violetas y las clavellinas, las francesillas, los jacintos, los crisantemos y también los rosales, que han de enviarle su sonrisa amorosa como una santa bendición.

Este jardín florido que nos ofrece el primer recinto, cuadrado y esbelto de proporciones y cuyas moles laterales se elevan hasta cinco pisos, ha de influir sin duda alguna en el ánimo del forastero llevándole a formar de los guixolenses más benévola cuando no levantada opinión. Porque nuestra ciudad querida, aparte las bellezas que le son privativas, tales como sus incomparables paseos marítimos, dignos aun de mejor suerte, tiene eso otro que lo enaltece y que la dignifica: el respeto, el interés que siempre le infundió su Cementerio que, dicho sea sin hipérbole, es comparable a un royo de sol que rompe la nube oscura de la tempestad, e imponente para ser descrito. Ejemplo raro y sorprendente el de este lugar sagrado, reposo inacabable de todas las ansias y ambiciones, precioso y capaz, que invita al visitante a hacer alto en él para entregarse a la lectura de algún libro predilecto en tanto que los ruiseñores, alborozados y juguetones, emprenden alegre canturía. Dignos del mayor encomio quienes, en su afán de superación, transformaron en jardín placentero aquel lugar donde se hundían las glorias humanas. Destaca entre ellos el conserje, ya jubilado, D. Rosendo Cacás, que dejó probada su competencia en el arte de la jardinería y de la botánica funeraria. Sus sabias lecciones como su dilatada actuación se hacen acreedoras a los más cálidos elogios. Plácemes estos que hemos de hacer extensivos a la diligencia de su digno sucesor D. Joaquín Bager, tanto mas cuanto que gracias a su amabilidad hemos conseguido ultimar las noticias más interesantes acerca de la

fisonomía artística de estos recintos funerarios. De este particular vamos a ocuparnos, bien que sucintamente, dentro de los límites que la brevedad impone.

Según lo expuesto son cinco los pisos de nichos del primer departamento de la Necrópolis. Es curioso observar que en la hilera que lo separa del segundo recinto, o sea al fondo, se encuentran las sepulturas primitivas, siendo el más antiguo el nicho N.º 245, de la segunda andana, a nombre de Rafael Andreu y de su esposa Victoria Bas, perteneciente al año 1.832. Y entre las tumbas de este llamado *Departamento Antiguo* cabe mencionar en primer lugar la de la familia Estrada, con faustosas puertas de hierro forjado, y la de D. Sebastián Plaça que nos muestra un Crucifijo de notable valor artístico. Bajo el mismo aspecto son también notables las que fueron erigidas por D. Fernando Gispert; D. Fernando Romaguera; D. Rafael Robert y D.ª Teresa Jordá de Matas, así como la que D.ª Avelina Alsina dedicara a la memoria de sus padres, y muy en particular la de la Familia Casas, obra del arquitecto Puig y Cadafalch.

Apartándonos de la dirección normal, siguiendo desde el fondo de este recinto primitivo hacia la derecha, nos trasladamos al *Cementerio Moderno*, que así se llamó en principio este departamento, cuya reforma, no totalmente resuelta aún, fué genialmente proyectada por el arquitecto Sr. Guixart. Consta este recinto de dos plantas y el plano inferior lo constituye una vía circular con tres hileras de nichos, teniendo los del último piso la configuración de una tumba cuyo frontis aparece en la galería de la planta superior. Esta última, de mayor amplitud, tiene por el lado opuesto cuatro pisos de nichos, ofreciéndose desde allí a la vista del espectador un conjunto imponente. Prolijo sería enumerar las lápidas funerarias de reconocido mérito existentes en esta sección. Citemos la que en 1.895 dedicara la ciudad al heroico capitán Narciso Massanas con motivo del traslado de sus restos mortales a esta Necrópolis. Sobresalen en la parte superior de la mole central la tumba de la familia Alsina por su obra escultórica así como la de D. Miguel Gispert que presenta dos majestuosos sarcófagos de piedra labrada.

El departamento que sigue en línea recta al que citamos en primer lugar fué considerado por nuestros mayores como la parte aristocrática por excelencia de nuestro cementerio y consta, como aquél, lateralmente, de cinco hileras de nichos. En los dos cuadros formados por la vía central y las circundantes llaman poderosamente la atención los mausoleos de D. Pedro Estrada Bernich y del Marqués de Ro-

bert, éste con suntuoso templete, corpudas de bronce y una cripta de treinta y seis metros cuadrados. Entre las tumbas destacan la de la familia Ribot en cuyo remate está una bella imagen del Sagrado Corazón de Jesús, y la de la familia Vilaret; estas debidas al cincel del artista J. Campeny. También la de D. Baltasar Llorens que nos muestra otra no menos preciosa imagen de San Antonio de Padua, de Venancio Vallmitjana; la de la familia Sibils, con la bellísima escultura «*La Desolación*», de Rafael Atché, artista que se hizo famoso en España como también en América y cuyas obras cautivan por su maestría. Pertenece asimismo a la inspiración de este escultor el mármol de la tumba de D. Salvido Rabell. Y son además artísticamente estimables los mausoleos de las familias Bosch-Perdrioux, Rodríguez-Barrera y el suntuosísimo panteón de construcción reciente dedicado a la difunta D.ª Francisca Buada Bonet.

Además de tantas obras notabilísimas y de otras que no es posible reseñar tiene este *recinto aristocrático* en ambos lados de la gallarda capilla y siguiendo el estilo arquitectónico de la misma varios panteones con sendas esculturas de Agapito y Venancio Vallmitjana. De estos dos artistas que se dedicaron principalmente a la escultura religiosa y funeraria y cuyas obras son merítisimas guardándose de ellos muchos recuerdos, podemos admirar las siguientes: *Jesucristo camino del calvario*, en la tumba de la familia Suñer; *El ángel del juicio*, en la de D. Daniel Llagustera y Bager; *Jesús en el Huerto*, en la de D. Francisco Gispert; y *La Virgen de la Soledad*, en la tumba de D. Francisco Llagustera y Bager. Son asimismo dignos de atención dos Crucifijos de gran tamaño de ignorado autor, y una *Virgen de la Cruz*, obra de A. Claramunt, siendo lamentable que nadie cuide de vez en cuando de desempolvar estas obras maravillosas e inspiradísimas del noble arte escultórico que contemplamos a través de los enrejados que las guardan y que por su valía resultan ser sin duda alguna las más trascendentales de la Necrópolis.

El tercer departamento, de más vastas proporciones, que se encuentra a continuación y en último lugar, con hileras de cuatro pisos, es de construcción moderna. En el centro, rodeado de verde follaje, rehuyendo la blancura de los mármoles, un elevado surtidor lleno de poesía equivalente a esperanza. Rien los musgos en el murmullo misterioso, sonoro y constante de una menuda lluvia de perlas que refresca este recinto envuelto en perpétua luz y cuyos espacios se abren al alma ávida de eternidad.

J. SOLER CAZEAUX.